

ó los consuelos que han disminuido la amargura de sus interminables penas!

Bien conocido es el espíritu que animaba al venerable Zumárraga, cuando cruzó los mares para venir al Nuevo Mundo. Deseaba, sí, evangelizar. Suspiraba por ganar almas al cielo; pero sabía que para plantar el árbol del Evangelio se necesitaba regarlo con sangre, y ardía en deseos de que la suya, derramada por manos idólatras, se convirtiera en esa simiente fecunda de cristianos, de que ya en su tiempo hablaba Tertuliano. Grande fué su sorpresa al ver que sin graves obstáculos abrazaban la fe los aborígenes; que la misma Reina del Cielo, con milagros patentes, se dignaba ser su colaboradora en el apostolado, y que por millares se bautizaban diariamente los recién conquistados. ¿Qué dicha puede compararse á la de un misionero que en pocos años ve desaparecer la idolatría y dilatarse la fe en el vasto territorio, antes inculto, á que lo ha enviado la Providencia? ¡Mil veces venturoso el Prelado cuyo único lamento es no poder hallar el martirio entre pueblo tan dócil! ¿Qué son, ante estos inefables consuelos, algunas disputas con los gobernantes, algunas cuestiones con los magistrados, alguna calumnia que fácilmente se disipa aun antes de llegar al trono regio?

¡Qué satisfacción tendría Montúfar al reunir en Concilio, no sólo una, sino dos veces, á los Obispos de la naciente Iglesia, y al ver las leyes que dictaron, puntualmente obedecidas y fielmente acatadas, aun por aquellos que empuñaban la espada, todavía llena del prestigio del conquistador, y podían reinar absolutos á tan gran distancia de la Madre Patria! ¿Quién soñó siquiera en

ponerle obstáculos á la construcción de la Ermita de Guadalupe, que más tarde había de convertirse en Basílica?

Permitidme que os llame la atención al pontificado del tercer Arzobispo de México. Apenas ha pasado medio siglo desde que el venerable Zumárraga puso los pies en la Nueva España, y ya su capital presenta el aspecto de una Toledo ó una Sevilla, merced principalmente á sus prelados y á la cooperación que el gobierno y el pueblo les prestan. Mirad al inolvidable Moya de Contreras presidiendo el tercer Concilio Mexicano, de imprecadera memoria. Vedlo en las aulas de la Universidad que ya florece al par de las de Salamanca y París, rodeado de casi un centenar de doctores y dirigiendo certámenes literarios y científicos, cuyo recuerdo todavía nos entusiasma. Contempladlo visitando uno tras otro los cuarenta conventos de religiosas que ya se elevan majestuosos en la sola Metrópoli, en los cuales alaban al Señor cerca de mil vírgenes de la joven América, sin que nadie pretenda coartarles la libertad de servir á Dios conforme á los deseos de su libérrimo corazón. Recorred los hospitales, y colegios, y monasterios de varones, ó fundados ó enriquecidos por los Prelados mexicanos, y en los cuales resplandece la caridad, impera la ciencia, florecen las letras, reina la santidad, y decidme: ¿no puede llamarse dichoso el Pastor á quien en tales tiempos concedió la Providencia vivir y brillar?

No os alarméis, Ilustrísimo Señor, creyendo que voy á trazar la historia de cada uno de vuestros predecesores: permitidme, sí, que os presente de relieve uno que otro cuadro que haga resaltar, al propio tiempo que la grandeza de aquellos, lo espinoso de vuestro pontificado.

Estamos en el mes de Septiembre de 1629. Las lluvias, torrenciales siempre, se han desencadenado de tal suerte, que parece que las cataratas del cielo se han abierto como en tiempo de Noé; y los torrentes que de ellas se precipitan sobre la laguna, aun no seca, que sirve de base á la ciudad de México, amenazan sepultarla para siempre. Las calles de la capital de Nueva España, más aún que cuando Cortés la contempló entusiasmado, la hacen asemejarse á Venecia; pero ¡ay! sin los diques y muelles, sin los indestructibles palacios y numerosas góndolas de la Reina del Adriático. Aislados los habitantes, encarcelados por las aguas, con sus casas arruinadas ó amenazando ruina, sin víveres ni provisiones, claman en vano por socorro, en balde piden por lo menos los auxilios que en el último instante suministra nuestra Santa Religión.

En medio de la desolación general, una figura majestuosa se desliza, rápida como flecha, en improvisada barca, por las anegadas calles de la afligida capital. Á todos consuela, á todos socorre, á todos distribuye con los víveres del cuerpo el pan de la palabra y el eucarístico alimento. Es vuestro glorioso antecesor Manso y Zúñiga, Señor Ilustrísimo; es vuestro glorioso antecesor cuya caridad no se cansa, aunque largos meses se prolonga la inundación con sus horrores y tristes consecuencias, y cuya piedad recurre al fin, como vos habéis hecho recientemente, á nuestro último refugio y amparo, María Santísima de Guadalupe.

Ved, Señores, cómo la portentosa imagen sale de su templo, y colocada en tosca pero adornada canoa, viene desde su Santuario hasta la Catedral de México. Admi-

rad la devoción con que aquellos piadosos fieles la saludan al pasar, y la invocan, y la acompañan, si pueden, por entre las aguas á su provisoria morada. Oid las bendiciones que, sin que haya una sola voz discordante, siguen por dondequiera al Arzobispo aplaudiendo el noble pensamiento de cobijar la Ciudad con el milagroso Lábaro, y de hacer volver el rostro de la sobrehumana Efigie al irritado cielo que, no satisfecho aún, envía la peste tras el largo diluvio. Recordad la gratitud universal hacia el Prelado, que continuando sus obras de beneficencia, establece él solo siete hospitales en su afligida ciudad.

Venerable Hermano de León, que conmigo habéis venido á honrar á nuestro antiguo Jefe y favorecedor. Venerable Hermano de León: cuando no hace muchos meses, emulando á Manso y Zúñiga, hicisteis prodigios de caridad y desprendimiento al ver que las aguas sepultaban vuestra ciudad episcopal, ¿resonaron en torno vuestro iguales aplausos; os acompañaron iguales bendiciones; se pusieron en vuestra mano iguales medios para las obras de beneficencia que os tocaba emprender?

¡Ay! ¡En los tiempos que corren, apenas cubrir malamente las brechas abiertas por el enemigo puede el Prelado mexicano, y de cuán diverso modo que en los siglos pasados!

Brechas tuvo que llenar el insigne Haro y Peralta. Huecos, al parecer irreparables, había dejado en el profesorado, en las misiones, en los ministerios eclesiásticos, la Pragmática Sanción de Carlos III; y sin embargo, él encontró elementos con que remediar tamaños desastres. ¡Dichoso Prelado, que pudo tantas veces, nunca estor-

bado y siempre bendecido, practicar la visita pastoral de su vastísima arquidiócesi, que en vez de quejarse como vos, Ilustrísimo Señor, de la falta de sacerdotes, los ordenó á millares durante su fecundo pontificado; que pudo fundar hospitales, restaurar colegios, emprender obras grandiosas en lo temporal y en lo espiritual!

Brechas tuvo que llenar Posada y Garduño; y con usura reparó los desastres causados en tantos años de anarquía. La Iglesia agradecida recuerda sus beneficios; aún no se borran las huellas de las nuevas órdenes religiosas en su tiempo introducidas; aún están escritos en la historia con áureos caracteres los favores por él impartidos á la nación. Cuando este buen Prelado, el último Arzobispo de México que gobernó feliz y tranquilo, recibió la consagración episcopal, empezabais, Ilustrísimo Señor, á ejercer el fecundo ministerio á que vamos á lanzar una rápida ojeada.

III

Estoy seguro, Ilustrísimo Señor, que haciendo abstracción del inmenso concurso que nos rodea, vuestro pensamiento vuela, con el nuestro, á la Iglesia de San Francisco de vuestra nativa Zamora. Allí se me figura contemplaros el 8 de Diciembre de 1839, inmolando por vez primera el Cordero sin mancha; y nuevo Melquisedec, ofreciendo sobre el altar el celeste pan y el místico vino. Se me figura, después que vuestros deudos y el devoto pueblo os han besado las palmas recién consagradas, veros absorto ante el tabernáculo, entonando de rodillas himnos eucarísticos al Señor que os ha elegido su sacerdote por toda una eternidad.

¿Qué os dice al oído vuestro ángel tutelar, que con tanta felicidad os ha guiado hasta el fin de la primera jornada? ¿Os hace, por dicha, entrever vuestros futuros destinos? ¿Os revela las luchas que vais á sostener, las victorias ¡ay! demasiado fugaces que os han de alegrar, los reveses, las ingratitudes, las penas que os han de agobiar durante medio siglo? ¿Descorre á vuestros ojos el velo de lo futuro, y os muestra, por acaso, los primeros asaltos que se dirigirán á la Iglesia, precisamente en los momentos en que la Iglesia estará generosamente socorriendo á la Patria, ultrajada por injusto invasor? ¿Os anuncia los nuevos y rudos ataques de que será

blanco al acabar vos mismo de recibir la plenitud del sacerdocio? ¿Os predice las constantes persecuciones en que vos seréis siempre la primera víctima, aun de parte de aquellos cuyo sostén os habréis constituido?

Yo no lo sé, en verdad; pero sí comprendo que vuestro primer sacrificio ha sido grato á los ojos del Señor; y aunque no baje fuego divino á consumir vuestras ofrendas como las del justo Abel, señales evidentes han de mostrar al mundo incrédulo que han sido aceptadas por el Padre Omnipotente, y que Él estará siempre con vos y guiará vuestros pasos. Id, y ejerced en las aulas el modesto pero meritorio apostolado del Profesor. Subid á la tribuna, aún no vedada al eclesiástico, y encended en todos los pechos la viva llama del patriotismo que desde temprano os anima. Mostraos en el foro abogado del huérfano y del desvalido. Tronad en el púlpito contra el vicio. Llevad al moribundo los auxilios de la Sagrada Religión de que sois digno ministro; el Señor está con vos y os hará pasar ileso por en medio del fuego.

No vaciléis en ceñir la brillante mitra que el Estado, unido aún á la Iglesia, os ofrece en temprana edad. Es cierto que será para vuestras sienes corona de espinas y manantial inagotable de acerbos dolores; pero el Señor estará con vos en medio de las batallas que seréis el primero en librar; Él os acompañará á través de los mares; Él os salvará de todos los peligros; Él os hará tornar glorioso y triunfante al seno de la Patria, adornado ya con el palio de la Iglesia de México.

Mas ¡ay! la columna por vos mismo erigida para sostener la amenazada Iglesia, se desplomará sobre vos y os amagará de muerte. No temáis: vuestro primer sa-

crificio ha sido aceptado por el Altísimo; Él os salvará; Él os conducirá de nuevo á través del Océano; Él os traerá una vez más al suelo patrio, y conservándoos fuerte y robusto, á despecho de los esfuerzos del tiempo, armará vuestro brazo y os hará descollar majestuoso entre los escombros del arruinado Templo, dándoos virtud para reedificarlo con vuestro aliento, y para hacer reanimarse los áridos huesos de sus yertos adoradores.

Señores: en sus libros inspirados promete Dios largos años de vida sobre la tierra, al que honrare debidamente á su madre. El medio siglo de fecundo sacerdocio que la Providencia ha concedido al Pastor que hoy felicitamos, ¿no es una prueba divina de que ha honrado de una manera extraordinaria á su madre la Iglesia, á su madre la Patria? Recorred, si no, los variados sucesos de su vida sacerdotal y política; sucesos que no me es lícito conmemorar en este día, porque equivaldría á hacer su panegírico, y el Espíritu Santo nos prohíbe alabar á un hombre, por grande que sea, antes que haya bajado al sepulcro. Igualmente declara Salomón, bajo el dictado del mismo Divino Espíritu, que el sucederse los Príncipes uno tras otro, después de corto reinado, es un castigo impuesto á los pecados del pueblo. Por el contrario, el gobierno prolongado de un caudillo, y con mayor razón, de un Obispo, es una señal de predilección á sus súbditos, es una recompensa, es un singular beneficio. Grande fuente de consuelo, por tanto, debe ser para nosotros, el ver que el anciano Arzobispo de Guadalajara completó hace muchos meses, y el Metropolitano de México termina en este día faustísimo, los cincuenta años de sacerdocio, y que uno y otro se encuen-

tran en el séptimo lustro de su episcopado. No, no ha vuelto el Señor las espaldas á México, á pesar de sus pecados sin número, cuando así prolonga la vida de sus espirituales caudillos. No, todavía queda alguna virtud en nuestra patria, todavía hay esperanzas para nuestra adorable Religión: *propter hominis sapientiam vita ducis longior erit.* (Prov. xxxviii, 2).

En el libro del Levítico está escrito: *santificarás el año quincuagésimo, porque es año de jubileo*, y la Iglesia cristiana, conformándose á tan justo mandato, celebra con gracias extraordinarias el año que señala la mitad de cada siglo, y el que marca el fin de cada centuria. En la vida del hombre igualmente se guarda como época de júbilo especial el aniversario semi-secular de un matrimonio, de la recepción de un médico ó de un abogado, de la primera misa de un sacerdote.

Y con razón. Si cincuenta años es ya un largo período en la historia del mundo, ¡cuánto más largo no será, comparado con la vida relativamente breve de un hombre sobre la tierra! No hace aún diez y nueve siglos que Jesucristo espiró en el Calvario; aún no se cumplen cuatro desde que su Cruz gloriosa fué plantada en el Nuevo Mundo. Haber ejercido cincuenta años el ministerio sacerdotal, significa, por tanto, haber trabajado en la viña del Señor la trigésimo-séptima parte del tiempo transcurrido desde que fundó Jesucristo su Iglesia, la séptima parte del período empezado con la introducción del Cristianismo en nuestra México. Y si tan largos sudores merecen en el cielo eterna recompensa, y en la tierra cordial gratitud, aun tratándose de un simple acólito ó lector, de un oscuro diácono, de un humilde párroco,

¿qué será siendo vos el héroe, Señor Ilustrísimo; vos, que durante tantos años no sólo habéis sido *magna pars* en los acontecimientos que han señalado esta época memorable para la Iglesia y el Estado, sino que habéis sido y sois el centro adonde se dirigen todas las miradas, habéis personificado y personificáis aún la Iglesia toda de la Nación Mexicana?

Con razón de todas partes hemos venido á felicitaros y á rendiros el homenaje de admiración y gratitud, que todos sin excepción os debemos, y antes que ninguno, vuestro siervo y hermano. ¿Recordáis el pequeño oratorio de Roma, en que, hace 27 años, el día caluroso en que la Iglesia celebra el martirio del protodiácono San Lorenzo, me conferisteis el orden del diaconado? Hoy vengo á restituiros la potestad de predicar que entonces me disteis. Vengo, quizás antes de enmudecer para siempre, á entonar en vuestro honor el canto del cisne. Bien lo notáis, Señores: ya no vibra sonora, como antes, la voz cuyo timbre hace once y hace veinticinco años con tanta benevolencia escuchabais, y muchos indicios me anuncian que pronto va á espirar mi misión en el púlpito. Ya desaparecieron los cabellos que aún sombreaban mi rostro, cuando en torno mío os apiñabais; y hoy comparezco delante de vosotros agobiado con el peso de casi cuatro lustros de azaroso episcopado. Y soy un niño en comparación del Prelado que contempláis robusto y vigoroso, y que puede decir, como Caleb á los 85 años exclamaba: mi salud es tan buena como hace medio siglo, y la robustez de los días de mi juventud aún se conserva, sea que se trate de largas marchas, sea que se hable de combatir: *illius in me temporis fortitudo*

perseverat, tam ad bellandum quam ad gradiendum. (Jos. XIV. 11).

¡Venerables Hermanos en el Episcopado! Me regocijo de veros adunados en derredor del que es Metropolitano de muchos, Padre de no pocos, Hermano de todos. Jamás en la América española se había visto reunido un número mayor de Prelados, ni en los Concilios Mexicanos, ni en los de Lima, ni en los recientes de Quito y Bogotá. Muchos de vosotros recibisteis la consagración episcopal de manos del que hoy venís á felicitar, y le deseasteis larga, muy larga, larguísima vida, repitiendo por tres veces la frase litúrgica *ad multos annos*. Repetidla conmigo ahora, que más que nunca veis la necesidad de que siga por muchos años presidiéndonos, escudándonos, dirigiéndonos.

¡Pueblo Santo de Dios! ¡Con qué placer giro en derredor los ojos, y contemplo extasiado el arranque de gratitud que os ha traído á las plantas del gran Metropolitano! Aquí estáis reunidos en gran número, piadosos habitantes de la Capital y de la Arquidiócesi, que sois testigos inmediatos de sus virtudes y sus sufrimientos. Aquí estáis, habitantes de Zamora, que os gloriáis de haber mecido su cuna y de deberle el engrandecimiento de vuestra nativa ciudad. Aquí os contemplo, fieles de Puebla, ufanos de haber sido sus primeros hijos. Aquí miro representantes de Sonora y de Chiapas, de Yucatán y Nuevo León, del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de nuestra República. Aquí veo á los Enviados de las naciones extranjeras á quienes debidamente agradecemos esta muestra de deferencia y de respeto al insigne Pastor. Aquí descubro aún á muchos que no

pueden llamarse por cierto ovejas de este redil, y vienen, sin embargo, á rendir homenaje á la virtud, al talento, á la bondad del gran sacerdote.

¡Oh Cristo, Príncipe de los Pastores! escucha benigno la súplica que, á semejanza del pueblo de Hipona, te dirige de nuevo por mis labios este inmenso concurso. Prolonga la vida tan necesaria del buen Padre y Pastor; concédenos que podamos otra vez reunirnos dentro de diez y seis años á celebrar su jubileo episcopal: *exaudi Christe; Pelagio vita.*

